

TALLER DE INVESTIGACIÓN PERIODÍSTICA DE AFINA

Masacre en My Lai, de Seymour M. Hersh

Pilger: Al menos 3 millones de personas perdieron la vida y otras muchas quedaron arruinadas; 58,022 eran americanos, el resto vietnamitas. El presidente Reagan llamó a esto una “causa noble”. (...)

Durante más de un año, Ron Ridenhour, un soldado dado de alta que había oído de la masacre, trató de crear interés en la prensa americana y en la de Saigón, pero sin ningún éxito. La historia salió adelante no gracias a cualquiera de los 600 corresponsales acreditados en Vietnam, sino a un joven freelance que estaba en los EE.UU., Seymour Hersh.

En noviembre de 1969 Hersh vio una pequeña noticia de agencias que hablaba de cómo el Teniente William Calley había sido inculpado de la muerte de 109 “seres humanos orientales” y que había pasado sin advertirse. Hersh siguió la pista de Calley hasta Georgia, dónde le interrogó. Y luego se embarcó en un viaje a lo largo de los EE.UU., recorriendo 80.000 kilómetros, encontrando y entrevistando a más de 50 miembros de la compañía Charly. En 1970 escribió una reconstrucción de tal atrocidad...

Masacre en My Lai.

[Marzo de 1968]

Nadie lo vio todo. Algunos, como Roy Word, no imaginaron la envergadura de la matanza hasta el siguiente día. Otros, como Charles Sledge, el radio de Calley, vieron más de lo que querían recordar.

Pero todos ellos recordaban el miedo de aquella mañana al montar en los helicópteros para el asalto sobre Pinkville. Todos estaban seguros de que aquella mañana se encontrarían cara a cara con el enemigo. El teniente Calley y su unidad [la primera unidad] fueron los primeros en abordar (...). Iban fuertemente armados, cada hombre con el doble de armamento y municiones de lo normal. Y liderando el camino, Calley, que se había echo con un cinto extra de balas para su M16. (...)

Hacía buen tiempo para cuando el primer helicóptero aterrizó en My Lai 4. Eran las 7:22 de la mañana (...). El área de My Lai había sido preparada anteriormente para la misión de búsqueda y aniquilación de aquel día: unos cuantos helicópteros de asalto ya habían estado disparando miles de balas de bajo calibre en el área para cuando Calley y sus hombres

tomaron tierra en una acuosa plantación de arroz, a unos 150 metros al este del pueblo. La primera unidad tenía que asegurar que el enemigo no intercedía con la llegada de helicópteros posteriores, y había disparado a discreción fuego protectoro para mantener al enemigo ocupado –si es que estaba allí. (...)

La unidad pronto aseguró la zona de aterrizaje. El sargento Cowen divisó a un hombre viejo. Sledge estaba a pocos metros de Cowen: “Fuimos a un pozo y vimos a un vietcong. Creímos que era un vietcong. Estaba allí moviendo sus brazos. Cowen se tiró hacia atrás y dijo: ‘mata a ese.’ Disparé una vez y mi rifle se cayó.” Paul Meadlo se dio cuenta de que “el amarillo estaba temblando, zarandeando sus brazos y que luego se le disparó.” Allen Boyce lo vio de forma diferente: “Había un tipo en un arrozal, haciendo algo a una planta. Miró para arriba y la pilló. Esa fue la operación más desconcertante a la que nunca he ido. Todo fue una jodienda.”

[Para cuando el primer helicóptero aterrizó] los vietcong del área se habían esfumado. Algunos seguidores de las guerrillas locales se habían marchado también, pero no muy lejos.

Unos 20 minutos después el segundo helicóptero llegó, y los 50 hombres de la segunda y tercera unidad pisaron tierra firme. (...) La primera unidad de Calley y la segunda unidad del teniente Stephen Brooks llevarían a cabo la operación de barrido, mientras la tercera unidad del teniente Jeffrey La Crosse, quedaría en reserva y se pondría en movimiento tras los pasos de las dos primeras unidades. (...)

La compañía Charly [las tres unidades] no estaba sola. Otras dos compañías más habían tomado puestos de seguridad al norte y al sur para impedir la huída de vietcongs [VC].

El asalto sobre My Lai era la operación más importante del ejército americano aquel día. (...) La comandancia había enviado dos hombres del departamento de Información Pública para cubrir el acontecimiento para la posteridad: Jay Roberts, de Arlington, un periodista, y Ronald L. Haeberle, de Ohio, un fotógrafo, que llegaron con la segunda oleada de helicópteros y se pegaron a la retaguardia de la tercera unidad.

El pueblo tenía una población de unas 700 personas. La vegetación era muy densa: altos árboles de bambú, setos y flora por todas partes. Medina no podía ver diez metros más allá de la zona de aterrizaje.

(...)

Según la segunda unidad se aproximó cautelosamente a la aldea, un grupo de vietnamitas echó a correr en un campo varios cientos de metros a la izquierda. Vernado Simpson vio a un hombre que identificó como un vietcong. Corría con lo que parecía ser un arma en su mano. Una mujer y un niño iban con él. Vernado disparó una y otra vez hasta que

mató a la mujer y al niño. El hombre escapó. Roberts, el periodista, vio a un grupo de militares saltar de un helicóptero y comenzar a disparar a un grupo de personas que corrían por una carretera cercana. Una de ellas era una mujer con sus hijos. Luego, vio “como disparaban a dos tipos que aparecieron en un arrozal. Parecían del vietcong... cuando cierta clase de tipos aparecen de repente en un arrozal, los disparas.”

Las dos primeras unidades de la compañía Charly acababan de entrar en la aldea. Calley y algunos de sus hombres caminaron hacia la plaza del sur. Ninguna de las personas había comenzado a correr; sabían que los soldados estadounidenses tomarían como a un VC a cualquiera que corriera y se le dispararía a matar. No hubo una sensación inmediata de pánico. Mientras tanto, Grzesik y sus hombres, al norte de la aldea, habían comenzado a sacar a la gete de las chozas y cabañas de ladrillo, interrogándoles y buscando VCs. Los habitantes fueron reunidos y Grzesik mandó a Paul Meadlo que los llevara a Calley para continuar el interrogatorio. Grzesik no volvió a ver a Meadlo hasta una hora más tarde.

Algunos de los hombres de Calley pensaron que ya era la hora del desayuno porque algunas familias cocinaban arroz sobre un pequeño fuego a las afueras de sus casas. Sin una orden directa, la primera unidad comenzó a reunir a los habitantes. No había habido fuego de francotirador, ni señal alguna de unidades enemigas. Sledge recordó que “si hubiera habido vietcongs allí, tuvieron tiempo de sobra para retirarse. No entramos de puntillas...”

Las matanzas empezaron sin aviso. Harry Stanley dijo al investigador del CID que uno de los hombres de Calley cogió a un civil y lo apuñaló con su bayoneta. El hombre cayó al suelo intentando respirar.” El soldado “lo mató luego con otra puñalada o lo disparó... Se mató a tanta gente aquel día que me es difícil recordar cómo algunos de ellos murieron.” Otro soldado que estaba al lado “se volvió hacia un grupo que retenía a un hombre de unos 40 ó 50 años. Lo levantó y lo tiró por un pozo. Luego dejó caer una granada.” Momentos después, Stanley vio a un “grupo de mujeres y niños, unos quince o veinte, que estaban quemando incienso cerca de un templo. Estaban de rodillas, llorando y rezando... Los soldados pasaron y empezaron a matarlos, disparándoles en la cabeza. Mataron a los quince o veinte.”

Hubo pocas protestas físicas; unos ochenta fueron tomados de sus casas y agrupados en una plaza. Algunos gritaban “No vietcong, no vietcong.” Calley llamó a Meadlo, Boyce y otros para vigilar al grupo. Diez minutos más tarde volvió y dijo: “¿Todavía no os habéis desecho de ellos? Los quiero muertos.” Sledge, el radio que seguía a Calley, oyó a Meadlo decir “acábalos.” Meadlo cumplió órdenes. “Estábamos a unos diez o quince metros de distancia y entonces Calley empezó a dispararles. Luego me dijo que empezara yo también. Y empecé a dispararles. Así continuamos hasta que los matamos. Usé más de un cartucho. Unos

4 ó 5.” Hay 16 balas en cada cartucho de M16. Boyce se fue hacia la parte norte de la aldea, aliviado de que no le hubieran pedido que disparase. Las mujeres abrazaban a sus hijos, tratando vanamente de protegerles. Algunos continuaron gritando: “No vietcong, no vietcong.” Otros simplemente decían: “no, no, no.”

Do Chuc es un campesino vietnamita de 48 años cuyas dos hijas y tía fueron matadas aquel día. (...) Junto con otros, fue hacia la plaza donde se les dijo que se alienaran. “No hay nada que temer.” Chuc recordó. “Todo el mundo estaba tranquilo.” Luego vieron como los soldados empezaban a montar una ametralladora. La calma acabó. La gente empezó a llorar y suplicar. Un monje enseñó sus papeles de identificación pero el soldado simplemente le dijo: “Lo siento.” Entonces los disparos empezaron. Chuc recibió un disparo en la pierna, pero quedó cubierto por cadáveres y se salvó. Después de esperar una hora dejó la aldea.

Nguyen Bat, un jefe aldeano del vietcong que luego terminó rindiéndose, dijo que muchas de las personas que estaban desayunando afuera cuando pasaron los soldados los recibieron sin miedo. Los pusieron juntos y los mataron. Otros que estaban desayunando en sus casas fueron matados allí mismo.

Los pocos soldados del vietcong que se habían quedado cerca del poblado estaban seguramente escondidos. Nguyen Ngo, un antiguo dirigente de la guerrilla corrió a resguardarse a unos 300 metros de donde los soldados empezaron a disparar, y dijo que vio a los americanos “disparar a todo lo que se ponía a la vista.” Su madre y su hija sobrevivieron porque se escondieron en agujeros que quedaron cubiertos con cuerpos. Su esposa, escondida bajo un cadáver, sobrevivió la masacre.

Para entonces, había disparos por todas partes. Conti, un soldado raso de Rhode Island, explicó al CID lo que él pensó que había pasado: “Estábamos todos idos, y los disparos empezaron como una reacción en cadena. Primero vimos a unos hombres corriendo y... lo siguiente que sé es que estábamos disparando a todo lo que se movía. Todo el mundo estaba disparando. Supongo que puede decirse que, al llegar a la aldea, estábamos fuera de control.”

Brooks y sus hombres de la segunda unidad en el norte habían empezado a saquear la aldea y matar a la gente, matar a los animales y quemar las cosechas. Los hombres ametrallaban a las chozas sin saber –o aparentemente sin importarles– quién estaba dentro.

Roy Word, uno de los hombres de Calley que estaba cerca de Brooks, entró bruscamente en una cabaña y vio a un hombre viejo con su esposa y sus dos hijas: “golpeé al hombre con mi fusil y le empujé afuera.” Un soldado de la unidad de Brooks le pidió su

lanzador de granadas, pero Word se negó, luego preguntó a otro y se hizo con él y dijo “no dejéis ni uno vivo” y disparó al vietnamita en la cabeza. “Estos monstruos están locos.” Recordaba Word. “Nada más que aquí, justo en frente nuestra, y volarle los sesos a un hombre.” Más tarde vomitó cuando vio a otros aldeanos. (...)

Una vez que las dos primeras unidades habían desaparecido dentro de la aldea, Medina [el jefe de la operación que se había quedado atrás en el puesto de control] ordenó a la tercera unidad que entrara. Él y sus hombres siguieron. Garfalo quedó pillado en la confusión: “Podía oír fuertes disparos todo el tiempo. Medina corría de atrás a delante. Esto no estaba organizado para nada.” Así que Garfalo hizo lo que la mayoría de los soldados hicieron “salí por mi mismo.” Corrió hacia el sur y otros se le juntaron. Los aldeanos, aterrorizados, corrían por todas partes con sus pertenencias tratando de evitar la carnicería. En la mayoría de los casos no valió de nada. Los helicópteros les cortaban el camino, o corrieron en la dirección de la tercera unidad. Chales West vio y mató a seis vietnamitas, algunos con cestas: “Esta gente corría hacia nosotros, se alejaba de nosotros, corría en todas direcciones. Es difícil diferenciar unos de otros cuando todos tienen puestos los pijamas negros.” (...)

Medina entró en la aldea hacia las 8:15 am. Hay serias contradicciones sobre lo que ocurrió entonces. Medina dice que no entró en la aldea hasta las 10:00am y que no vio a nadie matando civiles. John Paul cree que Medina nunca entró en la aldea. Pero Herbert Carter dijo a los investigadores que Medina también mató a varios civiles. Carter testificó que nada más que la tercera unidad entrara en la aldea, vieron a una mujer. Alguien la golpeó y la dejó inconsciente y luego Carter dijo que “Medina la mató con el M16. Yo estaba a unos 20 metros. No había razón para matar a esta chica.” Los hombres continuaron asegurándose de que nadie quedaba vivo. “Llegamos a un lugar donde los otros soldados habían reunido a unas 15 o más personas, mujeres y niños. Medina dijo ‘Matadlos. No dejéis ni uno en pie.’ Una ametralladora comenzó a disparar a todo el grupo. Luego uno de los radios revisó uno a uno para acabarlos.” Según Carter, Medina no mató a nadie entonces, pero luego vieron a un joven de unos 17-18 años. Medina intentó hacer una “escapada” con él, pero el chaval no quería correr. Medina lo mató con el M16. El investigador le dijo que estaba haciendo acusaciones muy serias en contra de su oficial al mando. Carter dijo: “Lo que digo es verdad, lo diría cara a cara con Medina ante el juzgado, y juraría sobre ello.” (...)

Meadlo se preguntaba por qué Medina no paró la matanza “si estaba mal.” Medina y Calley se pasaron el uno al otro varias veces aquella mañana, “pero no se dijeron nada. No sé

si el oficial al mando dio la orden de matar o no, pero estuvo allí todo el tiempo... Medina estuvo yendo de un lado a otro.”

Roberts y Haeberle [periodista y fotógrafo] también entraron justo detrás de la tercera unidad. Haeberle vio a un grupo de unos quince soldados ametrallar a una vaca hasta que se desplomó. De repente, una mujer alzó la cabeza de entre los arbustos. Al parecer se estaba escondiendo en un búnker. Los soldados desviaron el fuego hacia ella. “No pararon de dispararla. Se podían ver los huesos saltando al aire a trocitos.” Nadie intentó interrogarla; los soldados en la aldea tampoco interrogaban a nadie. Antes de irse, el fotógrafo tomó una foto de la mujer muerta. Haeberle luego vio a unos quince soldados matar a más de 100 vietnamitas civiles. Cuando los dos corresponsales entraron en la aldea, vieron animales muertos, cadáveres y casas y cabañas ardiendo. Algunos soldados buscaban cosas entre las ropas de los muertos. Otro corría detrás de un pato con un cuchillo; otros estaban por allí viendo como un soldado descuartizaba a una baca con su bayoneta.

Haeberle vio a un hombre y dos niñas caminando hacia un grupo de soldados: “Caminaban hacia nosotros, y podías oír a las pequeñas diciendo ‘no, no...’ de repente los soldados empezaron a disparar y los mataron.” Después vio como una ametralladora abría fuego sobre un grupo de civiles, mujeres, niños y bebés, que habían sido ordenados en círculo: “Intentaron escapar. No sé cuántos escaparon.” Haeberle vio a un soldado abrir fuego contra dos niños. El mayor se tiró al suelo para cubrir al pequeño, pero el soldado no paró de disparar hasta que mató a ambos.

(...)

El segundo intérprete de la compañía, sargento Duong Minh, llegó posteriormente en uno de los últimos helicópteros. Se acercó a Medina y viendo lo que había ocurrido le pregunto qué había pasado. Medina, molesto por la pregunta, simplemente se fue.

Eran cerca de las nueve, y toda la compañía Charly estaba ya en la aldea. La mayoría de los habitantes habían sido matados en sus casas, o justo afuera de ellas. Aquéllos que intentaron escapar fueron apiñados en los búnkeres; una vez llenos se descargaban granadas de mano. Todo se convirtió en un objetivo. Garfalo tomó prestado el lanzagranadas de otro y disparó a un búfalo de agua: “le di justo en la cabeza y cayó redondo. No puedes disparar a un búfalo de agua todos los días.” Otros dispararon contra los búnkeres llenos de gente.

Roberts insistió en que vio a Medina en My Lai 4 la mayor parte de la mañana: “Él estaba dirigiendo las operaciones. Estuvo allí todo el tiempo que estuve yo, desde las nueve

hasta las once.” Carter recuerda que algunos soldados gritaban y vociferaban durante la masacre: “Los chicos lo pasaron bien. Cuando alguien se ríe y hace chistes sobre lo que está haciendo, deben estar pasándolo bien. Un soldado dijo, ‘Hey, ya me he hecho con otro.’ Otro dijo, ‘Apúntame otro a mí.’ Incluso el capitán Medina lo estaba pasando bien.” Carter pensó: “Se sabe cuando alguien lo está pasando bien.” La mayor parte de los soldados protestaron aquel día, aquéllos que desaprobaban lo que estaba ocurriendo se guardaron lo que pensaban. (...)

Carter vio a Medina durante toda la mañana allí. En un momento dado Medina se unió a la matanza. “Vi a toda esa gente muerta ahí esparcida. Medina vino justo detrás de mí. Una mujer salió de una cabaña con un bebé y... alguien había matado al niño disparándolo.” Cuando la madre se puso a la vista “uno de los hombres de Medina la disparó. La mujer dejó caer al bebé, y otro abrió fuego sobre él con el M16.” Carter también vio a un oficial agarrar a una mujer por el pelo y dispararla con su pistola del 45: “La mantuvo agarrada por el pelo durante un minuto y luego la dejó caer, algunos que estaban allí dijeron: ‘bueno, ahora estará en el gran arrozal del cielo.’” (...)

Bernhardt, que se había retrasado chequeando una misteriosa caja antes de entrar en la aldea, vio a la compañía Charly “haciendo cosas extrañas. Una: quemaban las chozas y esperaban a que la gete saliera para luego dispararles. Dos: se metían en las chozas y los mataban. Tres: juntaban a la gente en grupos y los ametrallaban. Todo era deliberado. Fue asesinato a sangre fría y yo estaba allí observándolo. Me hizo pensar si podía volver a confiar en la gente.” (...)

Los vietnamitas que no fueron matados en primer lugar fueron reunidos en una zanja de desagüe en la parte oeste. Después de que Grzesik se fuera, Meadlo y otros habían agrupado a unos ocho vietnamitas en una cabaña y estaban a punto de lanzar una granada cuando se les ordenó que fueran a la zanja. Allí se encontraron con Calley y a una docena de soldados junto con aproximadamente 75 aldeanos, la mayoría mujeres, viejos y niños.

No muy lejos, la segunda y tercera unidad continuaban sus operaciones de búsqueda y destrucción en el norte de la aldea. (...)

Uno de los helicópteros que sobrevolaban la zona era pilotado por el oficial Hug C. Thompson, de Georgia. Thompson y sus dos hombres siguieron a lo que parecía un vietnamita armado correr hacia el sur. Le siguieron para dispararle pero lo perdieron. Volvieron a la aldea y entonces vieron cuerpos de civiles por todas partes, sin señal alguna del enemigo. El piloto pensó que lo mejor que podía hacer era marcar con humo a los civiles

que estaban heridos. “La primera que marqué era una chica herida. Pero vinieron, cargaron el arma y dejaron que se lo quedara todo.” El hombre que disparó fue reconocido posteriormente como el capitán Medina.

(...) Medina y sus hombres se movieron rápidamente hacia donde el humo venía, donde encontraron a la chica. Bernhardt recuerda lo que pasó: “Medina iba solo... y disparó a la mujer. Parecía que estaba recogiendo arroz, pero no, estaba simulando que recogía arroz. Si hubiera tenido una granada tendría que haber tenido un brazo más fuerte que el mío para alcanzarnos... Medina levantó el rifle y disparó una vez. La chica cayó. Luego se acercó hasta ella, hasta un metro, y la disparó dos o tres veces para acabarla. Podía oír sus ropas moviéndose por los disparos, podía oírla retorcerse, pero no vi ningún agujero. No la disparó en la cabeza.”

Para entonces eran las 9:30 y algunos, que habían estado allí durante dos horas, se quitaron los cascos y las mochilas, se sentaron y fumaron un cigarrillo.

La pesadilla de Thompson sólo acababa de empezar con la matanza de la chica. Voló hacia el norte y, de nuevo, marcó a un niño para que recibiera ayuda médica. En cambio, vio a un teniente que pasaba casualmente y vaciaba un cargador en el chaval. Y de nuevo, marcó a otro joven, y de nuevo, esta vez un sargento, se acercó y lo fusiló.

Larry Colburn, [acompañando a Thompson] que sólo tenía 18 años, se dio cuenta de que “los de infantería estaban matando a todo lo que encontraban. Algunos corrían detrás de los que trataban de escapar y los disparan en la nuca.” Y añadió: “vimos a esta mujer escondiéndose. Estaba viva y de rodillas. Miró hacia arriba cuando la sobrevolamos y dejamos caer un bote de humo. Cuando volvimos estaba en la misma posición, pero muerta. Su nuca estaba como explotada. Tuvo que ser premeditado.”

Thompson estaba furioso. Intentó sin éxito ponerse en contacto a través de la radio con las tropas de suelo, y luego informó de las matanzas innecesarias a la comandancia de la brigada. El coronel Barrer interceptó el mensaje de Thompson y se puso en contacto con Medina, quien, según John Kinch, el mortero, dijo que “tenían a unos 300 muertos. No sé qué están haciendo. La primera unidad va a la cabeza. Estoy intentando pararlo.” Luego Kinch aseguró que Medina llamó a Calley y le dijo “Ya es suficiente por hoy.”

Harvey Stanley estaba a sólo unos metros cuando Calley recibió la llamada de Medina: “Medina llamó y dijo ‘¿Qué cojones está pasando?’ Calley dijo que había cogido a unos vietcongs, o a un grupo de personas que tenían que ser interrogadas. Entonces Medina le

dijo que guardara parte de su munición porque la operación todavía podría durar dos días más.”

No está claro a quién dio Medina tales órdenes o a qué hora, pero Stanley contó a los investigadores lo que Calley hizo después: “Había una mujer mayor en la cama y lo que yo creo era un cura de blanco rezando junto a ella... Calley me pidió que preguntara sobre el vietcong y dónde estaban las armas. El cura negó ser del vietcong.” Charles Sledge vio con horror como Calley sacó al cura afuera: “dijo algunas palabras al monje, que parecía suplicar por su vida, y el teniente lo empujó hacia un arrozal y lo fusiló.”

Calley luego se dirigió al grupo de gente que habían reunido y dio una orden: “ponedlos en la zanja.” Y así hicieron varios hombres. Golpeó a una mujer con su fusil y la empujó adentro. Stanley recuerda que algunos de los civiles intentaron salir, y algunos llegaron arriba. ”Calley comenzó entonces a fusilarlos y Meadlo se le unió.” Meadlo contó luego que: “metieron a los siete u ocho hombres que traían con todo el grupo y empezaron a fusilarlos. E igual hizo Mitchel, y Calley también... Supongo que maté a unas 25 o quizás 20 personas en la zanja, hombres, mujeres y niños.” Carter vio a las madres cubriendo a sus hijos y a los hijos agarrándose a sus madres. “No sabía qué hacer.”

Un posterior incidente quedó grabado en la mente de muchos: segundos después de que el fusilamiento parara, un niño de unos dos años, ensangrentado pero ileso, gateó milagrosamente fuera de la zanja, llorando. Comenzó a correr hacia el poblado. Alguien gritó, “Ahí va un chiquillo.” Hubo una larga pausa. Luego Calley corrió y agarró al chaval, lo tiró de vuelta al a zanja y lo fusiló.

Para entonces Thompson estaba frenético. Aterrizó su pequeño helicóptero cerca de la zanja y preguntó a un soldado si podía ayudar a sacar a la gente, el soldado respondió: “lo único que puedo hacer por ellos es sacarles de su miseria.” Thompson despegó de nuevo y vio a un grupo de mujeres y niños abarrotados dentro de un búnker, cerca de la zanja. Aterrizó por segunda vez. “No sé, quizás es solo mi creencia, pero no había recibido disparos ni una sola vez en todo el tiempo que estuve allí...” Entonces vio a Calley y a la primera unidad, el mismo grupo que había disparado a los civiles heridos marcados con humo. “Le pregunté si podía sacar a las mujeres y los niños antes de que desquebrajaran el búnker, y él me dijo que la única manera de sacarlos de ahí era con granadas de mano. Mantén a tus hombres justo aquí, yo sacaré a las mujeres y a los niños.” Calley se enfadó.

Thompson ordenó a Colburn y a su otro hombre que “si cualquiera de los americanos abría fuego sobre los vietnamitas, nosotros deberíamos abrir fuego sobre los americanos,” Colburn dijo. Thompson volvió a su nave y ordenó dos helicópteros más. (..) Los helicópteros

aterrizaron, con Thompson todavía en medio de los soldados y los vietnamitas, cubriéndolos con su cuerpo, y salvó a nueve personas. Calley no hizo nada para parar a Thompson, pero luego se quejó enfurecido por la radio: “al piloto no le gusta como llevo el show, pero yo soy el jefe aquí.”

(...) Calley entonces ordenó a Grzesik acabar con los supervivientes en la zanja. Grzesik había visto cómo el helicóptero había salvado a unos cuantos heridos; posteriormente él llegó a la conclusión de que Calley, furioso con la intervención de Thompson, quería asegurarse de que no quedaban más supervivientes. Grzesik rehusó la orden, Calley insistió, pero Grzesik se negó rotundamente y se le ordenó que quemara el resto de las chozas.

Thompson continuó volando sobre la zanja y vio que algunos de los niños no tenían cabezas. Aterrizó una tercera vez, ya que su copiloto le había dicho que había visto movimiento entre la masa de cadáveres. Caminaron hacia la zanja. “Nadie dijo nada,” Colburn dijo, “simplemente salimos.” Encontraron a un chiquillo vivo. No había soldados alrededor, pero Colburn llevaba un arma. El copiloto bajó a la zanja, “la sangre y los cadáveres le cubrían las rodillas,” recordó Colburn. El niño estaba en silencio, enterrado bajo varios cadáveres. “Todavía se agarraba a su madre, pero ella estaba muerta.” Se separó al niño que se agarraba desesperadamente, pero no lloró. Thompson dijo después al investigador: “no creo que este niño estuviera siquiera herido, sólo ahí tirado entre los cadáveres. Estaba aterrorizado.” Thompson y su tripulación llevaron al niño a lugar seguro.

En otras partes de My Lai 4, los soldados estaban descansando. (...) Charles West recuerda que un miembro de su unidad que simplemente no podía ejecutar a un grupo de niños, pidió permiso para dejarles ir y se le concedió.

La tercera unidad de West, sin embargo, continuó con la matanza. Reunieron a un grupo de diez personas, mujeres y niños. (...) Roberts y Haeberle, que habían pasado las dos últimas horas observando la matanza en otras partes de la aldea, se quedaron allí, con el lápiz y la cámara preparados. Unos hombres separaron del grupo a una chica esbelta de unos quince años y empezaron a tirar de su blusa. Intentaron acariciarle los pechos. Una anciana y dos niños gritaban y lloraban. Un soldado gritó, “vamos a ver de que está hecha.” Otro dijo: “VC boom boom” que quería decir que era una puta del vietcong. Roberts pensaba que la chica era atractiva. La anciana comenzó a luchar furiosamente, tratando de protegerla. Roberts dijo que “estaba peleándose con dos o tres soldados a la vez. Era fantástica. Normalmente son bastante pasivos... No le habían quitado la blusa a la piva cuando Haeberle

apareció.” Uno de los soldados finalmente golpeó a la vieja con la parte trasera del rifle. Y otro la dio una patada en la espalda.

Grzesik y su equipo de tiro vio la pelea, (...) sabía lo que se venía y su principal objetivo fue mantenerse fuera de ello, así que ayudó a parar la pelea. Algunos de los niños se agarraban desesperadamente a la vieja, mientras se recuperaba. Grzesik estaba preocupado por el cámara. Recuerda que pensó, “Hey, ahí está el cámara éste que no habíamos visto anteriormente.” Luego alguien preguntó: “¿Qué hacemos con ellos?” La respuesta fue “Acabarlos.” De repente hubo un estallido de fuego automático de varias armas. Solo un niño pequeño sobrevivió. Alguien, luego, cuidadosamente, lo mató. Una fotografía de la mujer y el niño, con la chica vietnamita metiéndose la camisa se publicó posteriormente en la revista *Life*. Roberts intentó explicarlo posteriormente: “Es sólo que no sabían qué es lo que se suponía que tenían que hacer; matarlos parecía una buena idea, así que lo hicieron. La anciana que peleó parecía ser del vietcong.” Luego pensó un momento. “Quizás sólo era su hija.”

West estaba disgustado con el fotógrafo: “Pensé que no era correcto que él estuviera allí tomando fotografías de todo. Aunque teníamos que hacerlo, no creo que tuviésemos que tomar fotos.” Más tarde, West se quejó personalmente a Haeberle sobre ello.

La mayoría de los fusilamientos habían acabado. Medina ordenó un descanso para comer algo, hacia las once. Roberts y Haeberle dejaron la zona entonces, con una historia mucho más grande de lo que hubieran imaginado. Calley, Mitchell, Sledge y Grzesik se reunieron con el capitán Medina para comer algo. Grzesik pensaba que no quedaba ni un superviviente en la aldea, pero dos niñas aparecieron de repente, de once y doce años. Los soldados las cogieron y las sentaron con ellos y “las dimos unas galletas para que comieran,” John Paul dijo. Cuando los investigadores preguntaron a Sledge cuantos supervivientes quedaron en la aldea, él respondió: “Sólo dos niñas que comieron con nosotros.” (...)

Michael Bernhardt resumió más tarde lo que había sido del día: “No encontramos resistencia alguna y solamente vi tres armas capturadas. No hubo pérdidas en nuestra parte. La aldea era como cualquier otra: viejos, mujeres y niños. De hecho, no recuerdo ver ni aun solo hombre vestido de militar en todo el lugar, muerto o vivo. El único prisionero que vi tenía unos cincuenta años.”

Las unidades dejaron la aldea por la tarde. (...)

La noche vino, y el vietcong volvió a My Lai 4 para ayudar a enterrar a los muertos. Les llevó cinco días. La mayoría de los funerales fueron conducidos por la guerrilla

comunista. Nguyen Bat no era comunista antes de la masacre, pero tal incidente le cambió. (...)

Cuando los investigadores, en conexión con las averiguaciones conducidas en EE.UU., llegaron al área en noviembre de 1969, encontraron tres nichos y una zanja llena de cadáveres. Se estimó que entre 450 y 500 personas, la mayoría ancianos, mujeres y niños, habían sido asesinados y enterrados allí.

Roberts llevaba su librito de notas y su lápiz cuando despegó de la comandancia aquella mañana. Pero lo que hubiera escrito no iba a usarse. El ejército había decidido la noche anterior que el vietcong estaba en My Lai 4; y nada de lo que ocurrió las siguientes 24 horas cambió esa imagen. (...)

“La compañía de infantería liderada por el capitán Ernest Medina capturó y mató a 14 VC’s y confiscó 3 M-1 fusiles, una radio y documentos enemigos a su paso por la aldea,” decía el informe [oficial de la brigada], y añadía que un vietnamita había sido matado un poco más temprano en la zona de aterrizaje. También decía que el resto de las muertes [el informe contaba hasta 128] habían sido causa de enfrentamientos de fuego. (...)

[El *New York Times* publicó en su primera página el 17 de marzo que] dos compañías de la Americal Division habían cogido a una unidad vietnamita con un movimiento de “pinza”, matando a 128 soldados enemigos. “Los soldados americanos barrieron la zona...” *El Times* dijo. “La operación es otra ofensiva americana para limpiar la zona de grupos que amenazan a la ciudad. (...)”

Pocos días después de la batalla, el general William C. Westmoreland, comandante en jefe de las fuerzas estadounidenses en Vietnam, envió el siguiente mensaje: “Operación Muscatine [el código para la operación] contacto al noreste de la ciudad de Quang Ngai el 16 de marzo dio enemigo fuerte golpe. Felicitaciones a los oficiales y hombres de la compañía Charly por su sobresaliente acción.”

Notas: Pilger: La historia no se publicaría abiertamente hasta un año más tarde, gracias al trabajo de varios periodistas. Hersh fue el único que la siguió hasta el final. El ejército y el Pentágono trataron de llevar el juicio militar de Calley, Mitchell y otros en privado. Las fotos de Haeberle finalmente fueron publicadas en noviembre de 1969. El impacto en Europa fue

bastante grande. En EE.UU. vendría unos días más tarde cuando Meadlo consistió a ser entrevistado en la CBS. [Hersh fue el primer periodista que habló de lo malos tratos en Abu Grey en el 2004. A lo largo de los años Hersh ha tejido una fina red de fuentes en los niveles medios de la inteligencia, las fuerzas armadas y la burocracia estadounidenses, quienes en muchos casos han preferido el anonimato. En sus textos uno encuentra con frecuencia, "un miembro del Comité me dijo", ó "un oficial del Pentágono me dijo". Son personas que participan de la feroz lucha al interior de las instituciones y que de una u otra forma están resentidos con ciertas políticas que afectan sus carreras. También les dañarían el ser citados, y es ahí donde sus detractores gustan atacarlo.]